

POR QUÉ A CINCO

No podría afirmar que J. Luis Martín Vigil intenta conscientemente proponer el problema moral de la irresponsabilidad a que conduce el egoísmo. Sin duda, aparte de éste, hay otros muchos problemas morales planteados y solucionados con acierto por el novelista. Este, sobre el que ahora insisto, me parece que puede ser motivo de preocupación para algunos lectores reflexivos en los que la lectura de esta obra puede producir una especie de perplejidad angustiosa, un escrúpulo, sobre las inesperadas consecuencias a las que pueden llevar muchos actos, aun los mejor intencionados.

Hasta terminar la lectura de "Requiem a cinco voces" (1) no comprendo uno del todo el porqué de ese título. La narración musical no se va adivinando como *requiem* hasta que se toma consciencia de la actitud de cada uno de los cinco personajes que tienen que ver con la muerte de la entra-

ñable Ana, cuya misión es vivir muerta desde la primera página y dar unidad a toda la composición hasta que la vemos finalmente morir de nuevo, ahora más conocida ya, más querida.

Son cinco solos y una gran coral. Cada voz se alza como una confesión íntima. Cada uno de los cinco personajes intenta explicarse a sí mismo y la circunstancia que le hace complicarse en la muerte de una mujer. Cada uno sin culpa y con una extraña culpabilidad. Parece imposible de desenredar la intrincada cadena de circunstancias que conduce a Ana a la muerte. Es fácil morir en un quirófano. Operar a vida o muerte es algo del orden del día. Nadie buscaría una causa remota o escondida. Está ahí: la dificultad de la operación, el fallo de cualquier elemento humano o material, cualquier imprevisto imponderable.

Desde luego, el inspector Arnáiz no lleva buen camino en su procedimien-

REQUIEM VOCES

E. M. Borrero

to. No hay asesinato; ni Sabino estaba borracho ni Carmelo dejó de advertir el error. Por otra parte, la actuación del doctor Fabra fue correcta. D. Arturo es un personaje pasivo y la misma Ester, histérica solterona, no puede reprocharse la buena intención de influir en su amiga para que se dejase operar; ya se había aconsejado competentemente.

Sin embargo, es un hecho que las cinco voces de los solistas dejan en el ambiente una resonancia dolorosa, amarga, que no se debe al simple dolor de la pérdida. El doctor Fabra mismo no se preocupó nunca de las muertes en el quirófano cuando él hacía todo lo posible, cuando no era ocasionada por un fallo. Pero aquí lo hubo y fue la ineficacia de Sabino, el doctor anestesista. Entonces, al caer en la cuenta de esto, es cuando surge la curiosidad por comprender el sentido de ese ambiente amargo de la música.

Hay una culpabilidad oscura, casi imponderable, en cada uno de estos personajes.

Examen

El doctor Fabra tiene un carácter intratable. Es exigente y duro. Cuando se trata del trabajo en el quirófano no existen consideraciones para las personas del equipo. Da voces ante cualquier equivocación por mínima que sea, humilla en público a sus colaboradores por un fallo insignificante. Su responsabilidad ante el riesgo de la vida de cada paciente le lleva a extremos inaceptables para los más sensibles.

Y Carmelo es ante todo un hipersensible. Por un sentido elemental de

(1) edit. Richard Grandio, Oviedo, 1963.

honradez, por haberse casado con la criada a quien había comprometido con un hijo, se ve rechazado por su padre que no acepta el matrimonio y en necesidad de abandonar la carrera de medicina. Por esto es sólo practicante y ese "sólo" es para Carmelo un motivo de humillación y resentimientos. Le recuerda que es inferior. Este sentimiento llega a un límite fatal: imprescindible como anestesista en el quirófano del doctor Fabra, es obligado por éste, con motivo de una venganza de orgullo, a colaborar con el incapaz médico Sabino. El se niega; se le recuerda que es sólo practicante y entonces decide actuar sin responsabilidad ninguna, como corresponde a un mero ayudante de médico. Se verá si Sabino sabe valerse por sí mismo. Pero en el curso de la operación comprende que la enferma se muere y, contra lo que había propuesto, avisa honrada pero inútilmente al médico anestesista. El resultado es la muerte.

Sabino, por su parte, resentido porque no se han utilizado sus servicios hasta ahora, no se digna admitir las advertencias de un mero practicante. No tiene demasiados escrúpulos de conciencia pero al fin se asusta. Se acude tarde: Ana muere por falta de anestesia.

¿Y Ester, la amiga de Ana? Dio un buen consejo. La mano del doctor Fabra es segura y la intervención aconsejable. No; ella no es culpable. Sin embargo, por un amor tardío de solterona cuyo término es la persona del cirujano, ha hecho todo lo posible porque éste opere a su amiga. Así tendría ocasión de estar unas horas gozando de la proximidad de aquel hombre. Es un truco que ha llevado a cabo con éxito varias veces pues ella es ginecólogo. Ana le había dicho el día anterior: "No quiero morir mañana". ¿Fue la conciencia de esta segunda intención la que le impulsó hacia la jefatura de policia?

Finalmente, la otra voz, la de don Arturo, el observador pasivo. Alguien le llama en medio de la operación y se marcha. Es un antiguo y experto cirujano. Lo ve todo pero no interviene porque hace tiempo que es un mero espectador de la vida que se hace en torno. Su apatía es actualmente inculpable tal vez pero tiene una historia. Empezó cuando la vida de su esposa se le fue de sus propias manos, en el quirófano también. Luego, la inconsciencia que le proporcionaba las dosis de morfina. Al fin curó; pero ya no le interesaba nada. Esta noche se desvela aunque en realidad no le acusa nada. "No sabía si alegrarse o lamentarse por haber faltado del quirófano durante una buena parte del suceso". Su canto de solista recoge melodías antiguas al pasar por el recuerdo de aquella otra operación, la de su propia mujer. Desde luego, no se sentía dispuesto a acusar a nadie y tampoco caía en la cuenta de que una observación atenta por su parte hubiese podido, tal vez, impedir lo que ahora resultaba un hecho inevitable relegado al pasado irreversible.

Los otros, todos habían tenido una culpabilidad activa. El cirujano arriesgó la vida de la enferma haciendo llamar a Sabino. Le constaba de la incapacidad de éste. Pero un incidente desagradable con Carmelo le hace pensar en el mejor modo de humillarle. Colaboraría como mero ayudante, no como el responsable, el oficial de confianza que había sido hasta entonces. Carmelo se negó. En la misma mañana de la operación, el doctor Fabra está inquieto por la catástrofe que podría suponer dejar la anestesia en manos de Sabino. Sin embargo, ya es tarde para enmendar lo dispuesto. Carmelo no será el responsable porque está herido en su orgullo.

Tal vez la narración de Martín Vigil sea un ejemplo que estereotipe una multitud de acciones humanas en la

geografía universal. Los cinco personajes se encuentran envueltos en una responsabilidad más allá de la ley que resulta para ellos imponderable. Han influido las motivaciones de todos, unas motivaciones no rectas. El resultado no aumenta la gravedad de la posible malicia de estas motivaciones pero se comprende que hay una relación de causa-efecto de carácter desconocido entre esas motivaciones no rectas y la muerte de la mujer que nadie, en realidad, quiso llevar a cabo. Pues bien, esta relación es esa sutil culpabilidad, esta relación se llama egoísmo. Enunciemos su principio: *Cada acción egoísta es un peligro social.*

Cuando se procede en orden a satisfacer tendencias egoístas se reduce fácilmente el campo de la conciencia y se pierden de vista las posibles repercusiones sociales. Obrar por motivos egoístas es una forma de mentir, una forma de profanar el sentido cristiano de la acción social, del servicio; en definitiva, la acción lícita hecha por motivos oscuros es una forma de hacer daño.

Creo que la obra de Martín Vigil nos introduce en la difícil región de lo crepuscular en donde apenas es posible distinguir el límite entre culpabilidad e inocencia. Ver claro en cada caso tal vez no sea posible sin un examen sincero de los móviles más escondidos de nuestras acciones, y aún después de este examen, siempre puede permanecer la conciencia —una conciencia también crepuscular— del papel que nos toca jugar en el mal ajeno.

¿Se crea con esto el peligro de una conciencia atormentada de antemano por estos finales desconocidos, posibles en cada momento? No. Se crea la necesidad de obrar rectamente, de poner en nuestras actuaciones un interés inegoísta con lo que se excluya el peligro de hacer daño, de ser uno, por sus intereses “lícitos”, causa indirecta del mal ajeno. La norma vigente que se enuncia por un “tengo derecho a hacerlo” no basta. La norma íntima que siente dentro de sí el hombre que obra a impulsos de la gracia —el amor universal— dará a conocer cuándo está justificado un acto en que se arriesga el posible daño del hermano.

